

COMO SI TU NO FUESES

¡Y ni siquiera verte me conmueve!

A ti, mujer, cuyo recuerdo era  
para mi ser incendio, nunca nieve;  
la mayor ansiedad que conociera.

Por quien las horas se me hacían siglos,  
si alejado de ti me consumía;  
por la que anduve, sin pesar, caminos  
para estar a tu lado sólo un día.

A ti, mujer, por cuyo amor sentía  
sed insaciable, sorprendente gozo,  
anhelo de tenerte sólo mía  
y divino recreo de mis ojos.

Sin reproches ni enojos, estuvimos  
años enteros sin gozar presencia,  
conscientes de la dicha que perdimos  
en la lenta agonía de la ausencia.

Y al ver ahora que a mi lado pasas,  
como si tú no fueses te contemplo:  
Sin sentir inquietudes en el alma  
ni comprender el fuego de aquel tiempo.

¡Adiós Mozas, Adiós!

**A** mi llegada, la vida tranquila del pueblo serrano de Hoyos,— villa, para decirlo con toda exactitud—había perdido su ritmo normal. En aquel atardecer sosegado en que el sol iluminaba débilmente el soberbio paisaje de naranjos, olivos, pinares y castaños que ciñe y contornea el caserío, las campanas, repicando, anunciaban fiestas inmediatas y su vibrar era punteado por el ruidoso estallar de los cohetes, pródigamente lanzados al espacio.

En las calles del pueblo, el dulce son de la gaita y del tamboril revolvían en mi interior recuerdos de tiempos pasados. La juventud siempre alegre, ya en plan de fiesta, daba con sus voces y risas, alegría, vida y belleza a todo el conjunto.

Saludos cordiales; abrazos efusivos de viejos amigos tras la ausencia prolongada; presentaciones de niños de ayer, hoy ya hombres; noticias, comentarios y recuerdos de los que ya nos dejaron; absorbieron totalmente las últimas horas de aquella tarde.

Al día siguiente, cuando la mañana presentaba con su frescura la primera claridad, me despertó—¡dulce y poético despertar!—el tamborilero que, con su gaita y tamboril, interpretando una vieja alborada, recorría las calles. Se alejó con su música y cuando aún percibía yo lejanamente las notas de su gaita, llegó hasta mí el ruido del agua de una fuente; de una fuente inmediata; de una fuente en el interior de la casa; de una fuente, en fin, civilizada. Y perdónenme la expresión.

Recordé entonces que una de las mejoras habidas últimamente, mejora muy celebrada por mis paisanos, era ésta de la traída de aguas que, unida a otras, enorgullecían justificadamente a todos los habitantes del pueblo.

No podía rechazar todas las ventajas de esta obra, pero sí podía lamentar que ella hubiese hecho desaparecer la alegría y el tipismo de indudable valor artístico, de las mozas en las fuentes que, siempre generosas y abundantes de finas aguas, existieron en el pueblo.

Mozas de belleza serrana con vivos colores en las mejillas, que con sus decires y sus risas, formando animados grupos en torno a las fuentes, eran recreo de nuestros ojos y alegría de nuestros oídos. Mozas que, —ataviadas con los bellos pañuelos de cien colores y llevando en la cabeza, en alarde de difícil equilibrio, un cántaro de agua y otro a la cintura, sin perder sus risas, ni descomponer la garbada figura de su cuerpo—parecían pedir que el pincel de Eugenio Hermoso se inmortalizara de nuevo con la gracia y alegría de su

porte y con la belleza y tipismo de sus vestidos, cuando en las vísperas de fiesta acudían en grupos a la fuente, pensando en el día siguiente.

Mozas capaces de inspirar a un nuevo Jorge Manrique si tal poeta las hubiera visto. Mozas del pueblo en la fuente, alegría de viejos y de jóvenes: os eliminó la indudable ventaja de ese escalón del progreso, que tiene el nombre comercial de «agua corriente en las casas».

Mozas de mi pueblo, hoy ya desaparecidas: Un viejo amigo os dice... ¡Adiós mozas, adiós!...

Pasaron las fiestas. La vida del pueblo recobró su tranquilidad. Hay que regresar.

Hoyos, apiñado en torno a su magnífica iglesia de sillería granítica de los últimos años del estilo gótico, en la que contrasta su principal románica con columnatas, capiteles, tres arcos de medio punto y restos de figuras toscamente labradas, —y que guarda orgullosa un soberbio altar mayor en el que destacan cuatro grandes columnas cuajadas de preciosos adornos churriguerescos, que sostienen una hermosa cúpula y encuadran un sin par dosel en el que se presenta como en un cielo de oro y filigrana una tan bella imagen de María Purísima que a Murillo inquietaría,—empieza a quedar atrás.

Hoyos, con el palacio en que murió el Obispo Alvarez de Castro, asesinado por las tropas de aquel mariscal francés que en Bailén humilló sus águilas, con sus casonas de arcos de medio punto, con sus ventanas de ajimez, y sus soberbios balcones, empieza a perderse de vista envuelto en el verdor del arbolado de sus campos.

Más adelante, en un viaje de dulzura de recuerdos y amargura de imposibles, los magníficos pinares de Gata y de Villasbuenas; la carretera serpentea buscando el puerto por donde un día bajaron los soldados leoneses de Fernando II y Alfonso IX a reconquistar Coria y Cáceres. Luego, Ciudad Rodrigo, Salamanca y Avila, hitos de nuestra historia; el Alto de los Leones, campamento de modernos héroes y, al fin, Madrid, en cuya inmensidad de cemento y de asfalto volveremos a hundirnos, con los ojos del alma vueltos siempre a las tierras que sólo de tarde en tarde podemos disfrutar.

JOSÉ AGUILAR ALVAREZ

## SERENATA

DIVINA, sal al marco de tu amada ventana,  
tu mejilla a la luz, tu cabello a la brisa,  
mientras yo voy contando las perlas de tu risa  
y orlando de rubies tu trono de sultana.

Día y noche te adoro,  
contigo río y lloro  
y te acuno en mis brazos desde aquí  
y sé que tu eres mía  
desde tu lejanía  
y que bordas un ramo de amores para mí.

Qué hermoso es yacer  
al atardecer  
en un prado de ensueños de cara al infinito  
y aspirando el recuerdo de tu aliento  
saborear contento  
la miel de tu alegría y el vértigo bendito.

Qué placentero oír  
a la muerte venir  
dormido en la corola que finge tu regazo  
y llegar al no ser  
y volver a nacer  
como un orto de luz al alzar de tu brazo.

Y en tu oído cantar, caracol